

# Conmemoración del 120° aniversario del fallecimiento de Domingo F. Sarmiento

**E**l jueves 11 de septiembre de 2008, en el Salón Almirante Brown del 2° piso de la Sede Central del Centro Naval se celebró este acto académico con una importante concurrencia de socios y autoridades.

Luego de la entonación del Himno Nacional Argentino, y tras una breve introducción del Presidente del Centro Naval, Contraalmirante (R) Carlos A. Frasch, el doctor Emilio J. Cárdenas (foto) se refirió con un recordatorio sobre Domingo F. Sarmiento, que reproducimos a continuación:



Sr. Presidente del Centro Naval  
Señoras, Señores.

*En un día como hoy, hace 120 años moría, en Paraguay, un hombre absolutamente extraordinario: Domingo Faustino Sarmiento, que había nacido como Faustino Valentín Sarmiento. Por su inmensa pasión por educar, la República lo homenajea en su día (que es el Día del Maestro) en el que nuestros niños y niñas cantan a sus luchas "con la pluma, la espada y la palabra".*

*Apasionado activista, presuntuoso intelectual al que sus contemporáneos a veces llamaban "Don Yo", Sarmiento era hijo del trabajo y jamás le dijo "no" al esfuerzo: fue minero en Copiapó; organizó un grupo de teatro; escribió poesías, capítulo en el que debatió con José Mármol; nos deleitó –y sigue deleitando– con su prosa magístral, como periodista y autor; vendió libros para vivir; conoció el exilio y la persecución; fundó la facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile; también un colegio para los más ricos en Santiago de Chile y decenas de escuelas para todos en la Argentina; fue Superintendente de Escuelas; dirigió la lucha contra la epidemia del cólera, en 1886; actuó como diplomático en Chile y embajador en los Estados Unidos; fue Senador, Gobernador, y Presidente designado por el Congreso; perdió a su hijo adoptivo (Dominguito) en la Guerra del Paraguay; hizo un poco de todo y en todo lo que hizo, descolló.*

*Su gran enemigo fue siempre el silencio de muchos, consintiendo lo inaceptable sin decidirse a luchar por defender sus derechos y libertades y por fortalecer la República. Por eso procuró despertar las emociones, persuadir, movilizar, instigar, promover el cambio, hacer reaccionar contra la opresión, y salir de una actitud de neutralidad pasiva, que jamás aceptó.*

*Entre sus obras, mi predilecta es ciertamente Civilización y Barbarie, publicada por primera vez en Chile, en 1845, con el título de Vida de Quiroga. Allí describe las dos principales visiones de nuestro país, las dos culturas, las dos identidades que nos dividen, las cuales aún parecen sobrevivir. Particularmente en la primera parte, cuando describe a nuestra Argentina de entonces, cuyo valor literario es simplemente genial. Es allí donde nos lega la frase tomada prestado de Diderot: "las ideas no se matan", que el francés inmortalizara como: "El hombre puede ser decapitado, pero las ideas no se matan".*

*El legado de Domingo Faustino Sarmiento como autor es realmente monumental. Lo sustancial de sus trabajos están incluidos en la colección titulada: "Obras de Domingo Faustino Sarmiento", que fuera publicada bajo*



los auspicios del gobierno argentino a partir de 1896. Consta de 52 volúmenes, cuyo contenido define a la perfección a Sarmiento, alma inquieta, de vasta cultura. Periodista de curiosidad interminable. Polemista apasionado. Viajero incansable, atraído por la Vieja Europa y por los Estados Unidos. En la colección se incluyen, naturalmente, sus obras clásicas. Por ejemplo, *Civilización y Barbarie*, *Facundo*, y *Vida de Domínguito*.

La pluma de Sarmiento puede ser dramática o enternecedora, como lo es su descripción del fusilamiento rosista de Camila O’Gorman y su hijita, en 1849, publicada en el diario *Crónica*. Pero también impulsiva y hasta extravagante. Intensa o melancólica. Profunda o electrizante. También apasionada, casi dura en la autocrítica. Como cuando señalara que en los países atrasados como los nuestros, la acción política lleva “una marcha inversa” a la de los países “más adelantados”.

A lo largo de su vida cargó duramente contra sus adversarios, aunque fueran enemigos de fuste. Por ejemplo, protagonizó ataques fulminantes contra Juan Manuel de Rosas, al que llamara “el Robespierre argentino”. Su pluma, no obstante, también se refirió, con inusual dureza, respecto de hombres muy distintos, como Juan Bautista Alberdi, o Justo José de Urquiza. Militó en la Asociación de Mayo, también llamada “de la Joven Generación Argentina”, creada por Esteban Echeverría e influenciada en lo político por Montesquieu y, en lo

económico, por Adam Smith, con influencia adicional de los utópicos, como Saint-Simon o Fourier.

Atraído por el fenómeno social, y estudioso de los efectos de la inmigración criticó –sorprendido– algunas de las prácticas que los inmigrantes de la vieja Europa trajeron a nuestras tierras. Así, refiriéndose a las huelgas, sostuvo que ellas eran usadas por el socialismo como instrumento de perturbación. Las definió como: manía contagiosa que consiste en suscitar cuestiones y agitarlas.

Respecto de los Estados Unidos, definió a ese país como una “cosa sin modelo anterior”, una “especie de disparate que choca a primera vista”. Agregando, no obstante, “ese disparate inconcebible es grande y noble y hasta sublime”. Tanto la vieja Europa, como los Estados Unidos, encandilaron a Domingo Faustino Sarmiento.

Entre las muchas propuestas que defendió a lo largo de su vida, hay una que tiene particularmente que ver con esta casa. Es la que se refiere a la necesidad de desarrollar nuestra Marina. En 1879 aplaudió el hecho de que nuestro país contara con una escuadra de acorazados y cañoneras de reciente armamento. Fue responsable de la construcción del Arsenal Naval y de la Escuela Naval (que en su época generaba una cincuentena anual de guardiamarinas). Ambas instituciones eran, para él, indispensables para proveer materiales e inteligencia. Para Sarmiento, según consta en la Memoria de

la Marina de 1879, contar con una escuadra era esencial para poder ocupar el sur del país. La presencia de la Marina en nuestro litoral atlántico, anticipó, derramará vida en el sur. Cuando Sarmiento, en sus días, hablaba del sur se refería al espacio austral por debajo del Río Negro. No obstante, preocupado por lo que entendía como desproporción entre nuestra superficie territorial y el número de nuestros habitantes, propuso concentrar prioritariamente nuestras fuerzas en el litoral del país, a lo largo de los afluentes del Río de la Plata. Ello para llenar vacíos y proteger la riqueza que ya entonces creábamos desde el sector rural. Sarmiento alguna vez señaló que debíamos contar con una excelente Marina de agua dulce, estacionada allí donde están los elevadores de granos. Esto es, cerca de donde creamos riqueza.

Profundo al tiempo de meditar sobre las cuestiones políticas, sostuvo que la libertad moderna es hija del perfeccionamiento de las instituciones. Su llamado, está a la vista, no fue comprendido. Mantuvo asimismo que la libertad emana del sentimiento de respeto hacia la dignidad humana. Se anticipó así a lo que hoy llamamos la defensa de los derechos humanos y las libertades civiles y políticas. Para Sarmiento, la libertad era capital, algo indispensable para poder crecer. Quienes no la gozan, sostuvo, “vegetan”. Por esto no sorprende que haya afirmado que no se puede separar a la libertad de la prosperidad. Nunca.

Pese a que Sarmiento era, sin duda, un autor fogoso, la médula de su pensamiento era prudente. Si alguna vez Evo Morales, en medio del caos generado de su país por su insistencia en tratar de imponer –ilegalmente– un proyecto atávico de Constitución, que ha sido rechazado por buena parte del pueblo, hubiera leído a Sarmiento quizás hubiera actuado de otra manera. Porque Sarmiento sostenía que las Constituciones, para ser buenas, deben contener los principios de derecho reconocidos por la conciencia universal. Agregando que las Constituciones “fraguadas para el momento” son “una vara de hierro que aprisiona el futuro”. Un cepo, entonces. Para Sarmiento, las Constituciones debían proyectar seguridad y garantizar la existencia de libertad y seguridad para las minorías, a favor de las cuales están, precisamente, previstas las garantías. Por eso recordaba, insistentemente, que asegurar la libertad es asegurar el derecho a todas las disidencias políticas. A todas las opiniones. Más aún, a todos los errores, cuando éstos no se traducen en actos violentos.

Mirando al escenario político de su época hizo algunos otros comentarios que, curiosamente, también mantienen su vigencia. Señaló a sus compatriotas que en nuestro país “falta oposición”. A esa advertencia sumó un consejo, cuando alertó que una oposición “necesita por base

un partido organizado obrando de consuno en todo el territorio del Estado”. Anticipándose a la revolución de la informática y las comunicaciones sostuvo que la actividad política no sólo necesita de caudillos, sino del apoyo de los diarios, a través de los cuales se canaliza el debate.

Idéntica reflexión merece su análisis de lo que la división de poderes representa, en la práctica. Sostuvo que en nuestro país existía una excesiva influencia del Poder Ejecutivo, fenómeno al que denominó “monarquismo constitucional”. Y que –sabemos– no ha muerto. En esto apuntó tempranamente contra Rosas, a quien acusó de haber absorbido todo el poder, “incluyendo el de asesinar”. Enrolándose entre quienes creen que la democracia es siempre alternancia, la definió como “el resultado de actividad política, que debe estar siempre en movimiento”. O sea, posibilitar el recambio. Para Sarmiento no había lugar para el discurso único. Como demócrata, advertía que la posibilidad de expresar el disenso vivificaba la marcha común de la sociedad. Por esto alertó a todos que la República requiere que una mayoría, en un momento dado, domine la sociedad, para imprimirle una marcha decidida. Pero, advirtió enseguida, que requiere asimismo que las minorías tengan siempre expeditos los medios de robustecerse para buscar –también ellas– la mayoría que, en el tiempo, las haga prevalecer.

Sarmiento despreciaba al populismo, razón por la cual embistió contra algunas de sus prácticas, que desgraciadamente aún mantiene nuestro país. Así por ejemplo, sostuvo que hacer penetrar una numerosa “barra” en cualesquiera de las Cámaras del Congreso, para inundar de ruido a las bancas, es ahogar la voz de los diputados. Es presionarlos desde el populismo, es tratar de destruir o silenciar a las ideas; es amedrentar, intimidar, amenazar. Es, entonces, alejar el espíritu de respeto de la actividad de las instituciones constitucionales. Para pensar, ante las imágenes que, lamentablemente, nos aporta nuestra televisión, aún hoy.

Sarmiento sorprende siempre por la universalidad de su cultura y la amplitud de su pensamiento. También por la enorme diversidad de sus preocupaciones. No sólo en el campo de lo industrial, como cuando se refería a los capullos del gusano de seda. También en la vida cotidiana, como cuando –hablando de nuestras urbes– embestía reiteradamente contra las palmeras, árbol que evidentemente le producía un disgusto o aversión muy especial.

Sarmiento supo advertir cuál era la columna vertebral de la generación de riqueza en la Argentina. Refiriéndose así a la causa del progreso, señaló a sus conciudadanos que una nación figuraba en el mundo por su riqueza colectiva, que no es otra cosa que su aptitud de apropiarse de los productos de la tierra, elaborarlos, hacerlos valer y

con la renta que ellos generan atraer los productos de otros pueblos, mediante intercambios que deben procurar ser ventajosos. Esto supone, nos dijo, jerarquizar al sector rural, pero también advertir la trascendencia de la capacidad industrial. Preguntándose ¿cuáles eran las causas que en su momento atentaban contra la producción?, respondió: (i) la oscuridad en el mundo comercial, o sea la falta de transparencia; (ii) falta de medios de transporte en tierra y mar (esto es, la ausencia de la infraestructura adecuada); (iii) los medios de cultura imperfectos, o sea la falta de educación; y (iv) la ausencia de suficientes profesionales formados en el campo de las ciencias.

Si Sarmiento hubiera vivido en nuestros días y advertido cómo la actividad política utiliza el agravio, el insulto, las demonizaciones y los resentimientos, hubiera seguramente repetido su frase respecto de sí mismo, como político: “estamos condenados a presenciar en vida nuestro entierro”. Acusaba entonces a los otros actores en el escenario de la política de hacer lo que él llamaba “acopio de misiles”. Esto es de bajezas para utilizarlas como arma contra los otros, contra la oposición. Seguro de sí mismo y poseedor de una alta autoestima, concluyó, pese a todo, “que la calumnia no deja rastros en los hombres que no prestan asidero a sus dardos”. A lo que, sin embargo, agregó, frustrado, que “la injuria sólo es eficaz cuando el injuriado goza de reputación acreditada”. Esto es cuando el injuriado es una persona de bien, cuya imagen se pretende manchar.

La historia de la Argentina muestra que hemos crecido en medio de ciclos que contienen crisis graves y reiteradas. Frente a esas circunstancias, siempre existe la tentación de asumir y concentrar poder, tentación que se edifica –a veces– agitando el fantasma de la “emergencia”. Advertido de esta circunstancia, Sarmiento asumió un criterio restrictivo, argumentando que el Poder Ejecutivo no tiene facultades para actuar fuera de los requisitos constitucionales. Respecto de la “urgencia” sostuvo que su presencia no debe ser juzgada, ni definida, por el propio Poder Ejecutivo. Respecto de la necesidad de adoptar medidas “de excepción”, creía que la “emergencia” debía siempre ser tal que no requiera prueba alguna.

Sarmiento siempre creyó en la necesidad de poblar la Argentina, pero pensaba en que esto debía hacerse en medio del orden y con algún mínimo planeamiento, en particular respecto del origen de los inmigrantes, cuando ellos provenían del Viejo Continente. Nunca se acercó a la noción de lo que hoy algunos definen como “Patria Grande”, que supone que la condición de americano es suficiente para poder insertarse en cualquiera de las naciones de nuestra región. La urgencia de poblar la tierra y la de educar a los ciudadanos fueron siempre los vectores de sus propuestas de políticas públicas.

En materia de moral pública, Sarmiento fustigó lo que llamaba las “desvergüenzas del poder material”, así como las “violaciones insolentes de las leyes”, desde que éstas debían ser, en su entender, el freno a lo que llamaba “impunidad orgánica de los gobiernos”. Poco ha cambiado, desgraciadamente, nuestra realidad.

Contemplando entristecido al Paraguay de la época del dictador Francia, describió su realidad como “espectáculo de un pueblo insultado, encorvado, empobrecido, agotado, diezmado por un solo hombre, encerrado en un cuarto, gobernado por el terror y sus crueldades y subyugado por el miedo. El tirano, explicó, se empeña siempre en mentirle a la opinión pública. Los órganos de su gobierno ayudan y se enrolan voluntariamente en el engaño.

Refiriéndose a los militares, Sarmiento sostuvo que su profesión “es la de morir a todas horas, aun hallando absurda la orden que lo lleva a una muerte infalible”. Para Sarmiento ningún poder del Estado distinto al Congreso está facultado para decidir sobre los actos del Poder Ejecutivo, que debe actuar dentro de las formas establecidas a las que tenía como una garantía de que se controlarían los abusos del poder. Para él, los Tribunales –por su parte– tenían la misión de declarar inconstitucional una ley, pero no podían pronunciarse sobre los actos políticos del Ejecutivo, a menos que fuera éste quien los sometiera a su consideración. Los militares, en cambio, dijo, deben subordinarse a los Poderes del Estado, porque los mandos militares deben tenerse por simples comisiones, desde que nadie, nos decía, comanda una fuerza por su propio derecho, sino por un encargo revocable.

Era tan contrario a la desobediencia militar, que cuando alguien le preguntó que si un Presidente ordena a un militar disolver el Congreso, ¿debe este obedecer? Sarmiento contestó, sin titubear, si tal desgracia le sucede, péguese un tiro y saldrá de dudas, su oficio es morir.

Para fundamentar una visión tan extrema, sostenía: “Si un sabio justo y acreditado general al mando de fuerza puede aplicar su razón y usar de las armas de la nación para ejecutar los dictados de su propia razón, el último soldado tiene el mismo derecho contra él y el ejército queda destruido en su esencia y en su existencia”.

Sarmiento meditó también sobre los alcances de las amnistías y los perdones. Las amnistías, facultad del Poder Legislativo, eran para Sarmiento una especie de reclamo contra el gobierno; el perdón, en cambio un acto de justicia. Las amnistías, decía Sarmiento, ensoberbecen y descargan la conciencia; los perdones obligan al reconocimiento. Cuando el castigo, opinaba Sarmiento, tiene por objeto a militares, cuya religión es la sumisión y la obediencia, el perdón no hiere el amor pro-

pio ni la dignidad del individuo. Las amnistías sonríen a los rebeldes porque, con ellas, creen haberse escudado contra la ley. Los perdones, en cambio, reconocen –a la vez– a la ley que castiga y al poder que perdona.

Periodista intenso, Sarmiento defendió reiteradamente la libertad de prensa. Reconoció, sin embargo, que a veces el sacerdocio de la prensa puede estar en manos de “tunos (pícaros) y embaucadores”. Dolido por los ataques constantes que recibiera durante su presidencia por parte del diario La Nación, Sarmiento exigía a los medios responsabilidad en lugar de desenfreno y se lamentaba que, en su época, desde los medios se tratara de debilitar la autoridad de los gobiernos. Difícil dilema frente al que Sarmiento adoptó una postura relativamente ambivalente, defendiendo la libertad, pero exigiendo al propio tiempo responsabilidad.

Dejo para el final la figura del Sarmiento maestro. Con mayúsculas. El hombre que nos ha dejado centenares de lecciones, muchas de las cuales derivan de sus escritos y algunas otras que, en cambio, se alimentan en su conducta.

En la extensa obra de Sarmiento hay una lección en particular que quiero destacar. La lección de historia y moral que surge de su discurso sobre San Martín y Bolívar y el contenido de la entrevista de Guayaquil que ambos protagonizaron, pronunciado en su discurso de recepción como miembro del Instituto Histórico de Francia, el 1° de julio de 1847.

Sarmiento describe allí, descarnadamente, a los dos “campeones” de la independencia de nuestro continente. A los dos hombres que se opusieron, con éxito, a la dominación española en la región, pese a lo cual ambos, como dice Sarmiento “de grado o por fuerza”, tuvieron que abandonar la escena política que habían abierto ellos mismos.

Describe al San Martín que conoció como un anciano de elevada estatura, facciones prominentes y mirar penetrante, pero de maneras francas y afables. La prosa destila admiración. Cuando lo conoció, en Grand Bourg, San Martín estaba en el “asilo oscuro” en que, según Sarmiento, quería “sepultar su gloria”, acompañando sólo de un testimonio: el estandarte de Pizarro, que había traído desde el Perú.

En su disertación Sarmiento no sólo describe a los dos personajes centrales, sino a la colorida sociedad limeña que prestó su marco para las tensiones que culminaron en Guayaquil.

Para Sarmiento, el alejamiento de San Martín fue –nos

dice– consecuencia de la incompatibilidad de las visiones políticas que animaban a ambos líderes. Bolívar apuntaba a concentrar el poder, sin límites. San Martín se aferraba –en cambio– a las instituciones. Bolívar, dice Sarmiento, no miraba a la cara nunca para hablar y enfrentaba el diálogo con infinidad de respuestas evasivas. San Martín era frontal.

La influencia de San Martín fue tan grande sobre sus hombres que, según cuenta Sarmiento, el escuadrón de Granaderos de San Martín que escoltaba a Bolívar, conocido como Río Bamba, de pronto desistió de su cometido con sus jefes a la cabeza y comenzó a desplazarse abandonando a Bolívar, obligando al Mariscal a salir a alcanzarlos, pidiéndoles que continuaran con sus servicios, a lo que –pese al desencanto– accedieron. Bolívar tenía sed de gloria. San Martín pasión por la libertad, en cuya defensa no reclamaba el papel central.

Bolívar transformó a Colombia en un país enorme, liderado por él. San Martín, con una visión muy distinta, tenía como objetivo liberar a Chile y Perú para permitir que fueran sus propios ciudadanos quienes se hicieran cargo de la gestión pública.

Desentrañar la verdad de lo sucedido en Guayaquil no fue fácil para Sarmiento, desde que San Martín, admite el sanjuanino, gustaba poco hablar sobre lo pasado y aquellos que deseaban escucharlo se veían obligados, según Sarmiento, a “valerse de la destreza para hacerlo entrar en materia”. San Martín era discreto y evitaba todo aquello que pudiera interpretarse como vanagloria.

La lectura de esa particular conferencia es no sólo una lección de historia. También es un mensaje político y un auténtico poema moral. Porque las descripciones de Sarmiento no sólo retratan a los personajes, sino que destacan sus cualidades y definen sus conductas, de modo que el lector sabe siempre cuál es la opinión del propio Sarmiento y sus porqués.

Termino con esto esta visión apretada de aspectos no demasiado conocidos de la personalidad de un hombre fuera de lo común y de su legado multiforme. De un trabajador incansable, maestro de generaciones, con quien de pronto se puede estar de acuerdo en algunas posiciones y respecto de quien, a veces, no pueden evitarse algunas críticas.

Ocurre que existe el Sarmiento genial y hay también un Sarmiento humano, con aciertos y desaciertos. Como todos. Pero, por sobre todas las cosas, hay un prócer cuyo liderazgo y pensamiento, en los más diversos capítulos de la vida pública y privada, han trascendido a sus tiempos y a sus propias circunstancias. ■

## Entrega de premios y reconocimientos

Una vez finalizada la alocución del doctor Cárdenas, el Presidente de la Institución le entregó una plaqueta en reconocimiento al frecuente aporte académico dispensado hacia el Centro Naval.



A continuación se procedió a la entrega de premios que en forma anual realiza el Centro Naval a los artículos más destacados publicados en nuestra revista.

**Premio Almirante Brown**, por mayoría al Capitán de Navío VGM (R) Fernando P. Amorena por su artículo “La Guerra Fría y el terrorismo” publicado en el *BCN* N° 820. Entregó el Vicepresidente 2° del Centro Naval, Contraalmirante VGM (R) Héctor A. Campoamor.



*Fundamento:* En el contexto internacional apropiado y pertinente, con un enfoque rigurosamente objetivo y conciso, el autor realiza una descripción e interpretación analítica de los hechos, que le otorga valor histórico genuino a este trabajo. En la trama de intereses de la Guerra Fría, deslinda claramente el utilitarismo de que fueron objeto las partes enfrentadas en países periféricos, cuyos actores, individuales e institucionales, resultaron impulsados por idealismos irracionales alentados por sentimientos iracundos y nacionalistas como por sentido de pertenencia y deber las instituciones armadas de la nación comprometidas contra la insurgencia armada. Consecuentemente, hace evidente el absurdo de mantener en el tiempo la vigencia de dichos enfrentamientos nacionales, como causa legítima.

**Premio Almirante Storni**, por mayoría al Capitán de Fragata (R) Juan P. Villemur por su artículo “La pesca marítima argentina - quinquenio 2001-2005” publicado en el *BCN* N° 815. Entregó el Presidente del Centro Naval, Contraalmirante (R) Carlos A. Frasch.



*Fundamento:* El autor, a partir de una recopilación exhaustiva de información estadística de la actividad pesquera en el quinquenio considerado, analiza en profundidad la problemática subyacente en el medio considerando las posibilidades de desarrollo a futuro y generando una serie de recomendaciones para orientar la gestión política para el sector.

**Premio Comandante Piedra Buena**, por mayoría a la señora Sofía Chico por su artículo “El rol de las instituciones en la seguridad internacional” publicado en el *BCN* número 814. Entregó el Vicepresidente 2º del Centro Naval.



*Fundamento:* Trabajo elaborado con un lenguaje muy pulido donde se vuelca una serie de conceptos sobre el funcionamiento de la comunidad internacional, sus Instituciones y reglas. Deja planteada la disyuntiva entre continuar aceptando un sistema desactualizado o aceptar el riesgo de buscar nuevos caminos que podrían, eventualmente, producir una más profunda dependencia respecto de las naciones líderes.

**Premio Doctor Collo**, por mayoría al Capitán de Navío (R) Néstor A. Domínguez por su artículo “La segunda era de los descubrimientos (siglo XVIII al siglo XXI y después...)”. Una incursión en la metarrealidad gracias a la metatécnica” publicado en el *BCN* número 818. Entregó el Presidente del Centro Naval.

*Fundamento:* Extenso y meduloso análisis donde se conjuga en forma novedosa ciencia, tecnología y desarrollo con el área de la defensa en un altísimo nivel intelectual y filosófico con un agradable estilo literario. Esta explicación apasionante, brindada en su debido contexto, establece los fundamentos de la Segunda Era de los Descubrimientos que el autor alude. Sus contundentes conclusiones constituyen un invaluable aporte contribuyente a mitigar la amenaza implícita en ausencia de conciencia de la ignorancia y ética de la responsabilidad; conse-



...cuentas fragilidad individual y vulnerabilidad colectiva que padecen sociedades relegadas a padecer dicha amenaza. Trabajo que prestigia y enaltece al *BCN* dado su alto nivel académico y valor epistemológico.

Por último, el Director del *Boletín del Centro Naval*, Capitán de Navío VGM (R) Fernando P. Amorena entregó un Diploma de reconocimiento por haber integrado el Consejo Editorial al Contraalmirante (R) Carlos A. Comadira.



Luego, el Coro del Centro Naval entonó “Himno a Sarmiento” y “Marcha de la Armada”, finalizando así la ceremonia con un vino de honor. ■